

January 2015

Un acercamiento al problema del mal desde la teodicea

Hernán Ferney Rodríguez García

Facultad de Ciencias de la Educación, Universidad de La Salle, Bogotá, hfrodriguez@unisalle.edu.co

Follow this and additional works at: <https://ciencia.lasalle.edu.co/ruls>

Citación recomendada

Rodríguez García, H. F. (2015). Un acercamiento al problema del mal desde la teodicea. *Revista de la Universidad de La Salle*, (66), 119-131.

This Artículo de Revista is brought to you for free and open access by the Revistas de divulgación at Ciencia Unisalle. It has been accepted for inclusion in *Revista de la Universidad de La Salle* by an authorized editor of Ciencia Unisalle. For more information, please contact ciencia@lasalle.edu.co.

Un acercamiento al problema del mal

desde la teodicea

Hernán Ferney Rodríguez García*

■ Resumen

El artículo refleja un acercamiento al problema del mal, desde la teodicea, aseverando con rigor el fracaso de esta última. Además, se pone de manifiesto cómo el mal ha pervertido el corazón humano y ha situado al hombre como uno de sus más perfectos cómplices y aliados. Al mismo tiempo, analiza el punitivismo y la falta de responsabilidad por las carencias que presentan los hombres ante la deliberación y elección de sus acciones, que particularmente delimitadas en el marco de la teodicea, tienden a producir sufrimiento y dolor en niveles degradantes.

Palabras clave: mal, teodicea, acción, responsabilidad, sufrimiento, humanidad, moral.

* Profesional en Filosofía y Letras, Universidad de La Salle; Magíster en Filosofía, Universidad de La Salle; doctorando en Filosofía, Pontificia Universidad Javeriana. Docente, Facultad de Ciencias de la Educación, Universidad de La Salle. Correo electrónico: hferrodriguez@unisalle.edu.co

Iniciar un acercamiento sobre el problema del mal supone de entrada una dificultad que limita la comprensión, animada, sobre todo, por lo inenarrable de ciertos sucesos. Esta situación enfrenta tanto al investigador como al lector ante una intraducibilidad comunicativa que oscurece las facultades propias del entendimiento, dado el conflicto que suponen las acciones cuando son ejercidas por unos en contra de otros. Ante tal complejidad, resulta necesario esclarecer o traducir las atrocidades en un lenguaje más llano, a través del uso de narrativas que permiten dilucidar el horizonte en el que se inscribe el problema. Ciertamente, como sostiene Safranski: “[...] no hace falta recurrir al diablo para entender el mal. El mal pertenece al drama de la libertad humana” (2014, p. 15).

El mapa conceptual que han elaborado diversos pensadores contribuye a la construcción y comprensión de la sociedad moderna, así como a sus avances teóricos en torno a este fenómeno. Parte del progreso teórico está relacionado con la aparición y distinción de elementos tales como la violencia, la guerra, las medidas de excepción, las relaciones de poder, y con ello el uso indiscriminado de la fuerza, así como una sociedad precaria, llena de necesidades, en la cual es protagonista un punitivismo extremo en contra de los desamparados o los más débiles. A decir verdad, por todo lo anterior, pareciera que la perfección moral, según la cual, muchas de las acciones que se justificaban en razón de la virtud, el miedo a un juicio divino u otros, dejaron de tener relevancia y, con ello, valor para los hombres.

No es desconocido para el lector que el pensamiento de Occidente ha buscado justificar todo problema o fenómeno que se le presenta. El mal en ese marco de pensamiento también ha encontrado formas y razones para justificar la desmesura del sufrimiento humano. Una de las posibilidades para la comprensión de este fenómeno tan particular lo sitúa en la relación directa con Dios. Allí, en lo general, tal y como lo indica Cardona (2013), el mal se sitúa vinculado a la afirmación de la voluntad divina, y también a la investigación de la naturaleza contingente del mundo. En ese sentido, este autor crea la certeza de que el problema del mal está ligado directamente con el problema del mundo. O como sostiene Ricoeur cuando afirma:

En lo esencial se recoge un aspecto fundamental de la experiencia del mal, a saber: la experiencia, a la vez individual y comunitaria, de la importancia del hombre frente a la potencia demoníaca de un mal ya presente antes de cualquier iniciativa mala asignable a alguna intención deliberada. (2011, p. 39)

Empero, este problema de justificaciones se encuentra atado a formulaciones de carácter ingenuo que parecen distinguir una utopía de vidas fuera del sufrimiento o del dolor y apostar todo por una dicha ilimitada. El gran fracaso de esta manera de distinguir un problema como el del mal designa una serie de incertezas para el pensamiento, en donde se debe determinar de manera atenta soluciones que logren abordar una verdadera pregunta por el mal y su naturaleza, y que además orienten un acercamiento comprensivo que ayude a dilucidar la propia experiencia como objetivo fundamental, en el intento de reunir en un sistema unificado todo aquello que lo puede bordear, si el centro de este análisis es la acción misma del hombre.

Una de las respuestas del hombre al problema del mal ha sido la teodicea. Se sitúa esta como una orientación necesaria del pensar para dar cuenta de una justificación de Dios desde el pensamiento, ante el problema del mal en el mundo. Allí, una de las confrontaciones iniciales trata de acentuar una pregunta en la cual el mal ocupa un último lugar: ¿qué pasaría si pudiera aludirse a una posibilidad de vida exenta en su existencia del sufrimiento y del dolor? El problema con ello es que no determina, ni mucho menos dictamina, una respuesta sobria acerca de la relación de responsabilidad que debe existir entre el hombre y sus acciones. Porque, de entrada, esto aseguraría que sin el mal o sin su posibilidad no habría razón alguna para que existiera la moral o la ética, y menos los estudios que estas convocan acerca del quehacer y el cuidado humano.

Bien señala Aristóteles (1993, 2004, 2012) que el hombre es el principio de las acciones y que la deliberación versa sobre lo que este puede hacer, reconociendo que las acciones se hacen a causa de otras cosas y que se delibera sobre los medios que conducen al fin. Lo que allí se marca resulta ser que en todo caso son las conductas particulares las que hacen a los hombres de tal o cual índole. Además, agrega:

Cuando los hombres cometen estos daños y equivocaciones, obran injustamente y son injusticias, pero no por ello los autores son injustos ni malos, porque el daño no tiene por causa la maldad; pero cuando actúan con intención, son injustos y malos (1135b 24) [...]. Si el daño se produce con intención, se obra injustamente, y es en virtud de estas injusticias por lo que el que obra injustamente es injusto, siempre que viole la proporción o la igualdad (1136a 1) [...]. Igualmente, un hombre es justo cuando actúa justamente por elección, y obra justamente si solo obra voluntariamente. (1136a 2)

A este respecto, Habermas parece tener certeza cuando afirma, refiriéndose a Moro y Maquiavelo, que el dominio de la vida pasó del altar de las virtudes al dominio de las condiciones fácticas que buscan por todos los medios sobrevivir a partir del “todo vale”. Por un lado, los hombres quieren evitar la violencia, pero no temen ejercerla, ante todo para evitar su propia miseria. En otras palabras, los medios y el grado de barbarie que se les imprime no se sopesan. En esa línea, el mismo Habermas es capaz de recordar lo siguiente sobre aquello que sucedió en Auschwitz, según cita Bernstein:

Allí sucedió algo que hasta el día de hoy nadie consideró siquiera posible. Allí se tocó algo que representa un profundo sustrato de solidaridad entre todo lo que tiene forma humana: a pesar de todos los habituales actos de bestialidad de la historia humana, la integridad de ese sustrato común se daba siempre por sentada [...]. Auschwitz ha cambiado la bases para la continuidad de las condiciones de la vida en la historia. (2006a, p. 244)

Frente a la posibilidad de permitir que en la conquista de los fines no se midan los medios, aparece una de las primeras aproximaciones al problema del mal, que ofrece una gran oportunidad para que se le cierre la puerta a la teodicea. Esto, porque si cabe la pregunta por la teodicea, la respuesta no se debe hacer esperar. Según Lévinas, citado por Bernstein, al hablar de teodicea esta indica una tentación, una tentación seductora que consiste en “hacer que Dios sea inocente, o en salvar la moral en nombre de la fe, o en hacer que el sufrimiento resulte tolerable” (2006a, p. 251). Del mismo modo, sigue diciendo que la teodicea ha sido la necesidad humana de justificar un sufrimiento absurdo:

Pero este fin de la teodicea, que se interpone ante el desmesurado desastre de este siglo, ¿no revela a la vez, de forma más genérica, el carácter injustificable del sufrimiento de otra persona, el escándalo que tendría lugar si yo justificara el sufrimiento de mi prójimo? De modo que el fenómeno en sí del sufrimiento en su inutilidad es, en principio, el dolor del Otro. Para una sensibilidad ética, que en la inhumanidad actual se confirma a sí misma contra esta misma inhumanidad, justificar el dolor del prójimo es sin duda la fuente de toda inmoralidad. (2006a, p. 255)

El sufrimiento, en la lógica del mal, nace de la intención de deshumanizar a aquellos que no gozan de la misma condición. Al respecto, según Bernstein (2006a), hablamos en ese sentido de un lenguaje que se visibiliza a través de dos guerras mundiales seguidas, totalitarismos de izquierda y de derecha, el hitlerismo, el estalinismo, la destrucción de Hiroshima y diversos genocidios y masacres en muchas partes del planeta. Es decir, procuramos el mal sin necesidad siquiera de la tentación, porque parece que la voz de la conciencia es silenciada y se deja que el sufrimiento siga rumbos imprevistos. Tanto es así, que Bernstein llega a estar de acuerdo con las palabras de Arendt cuando se atreve a decir que la acción de dominio en la que se legaliza un acto en contra de otros, impide que en el pleno uso de la conciencia prefiera desatenderse la voz interior que habla sobre las acciones que se cometerán y se opte por la consecución y defensa de ideales que pueden pasar por encima de la vida de otros seres humanos:

La ley común de Hitler exigía que la voz de la conciencia dijera a todos “debes matar”, pese a que los organizadores de las matanzas sabían muy bien que matar era algo que va contra los normales deseos e inclinaciones de la mayoría de los humanos; el mal, en el tercer Reich, había perdido aquella característica por lo que generalmente se le distingue, es decir, la característica de construir una tentación. (Arendt, 2006, p. 219)

Y si no hay tentación, si no hay una inclinación, si no se manifiestan en el agente del mal esas características que suponen hombres de la peor calaña, que llevan a cabo venganzas, que despliegan odios fundados e infundados, sino que cualquiera acomete un crimen, ¿de qué mal estaremos hablando? Agamben

señala, al referirse al testigo, en este caso a Lewental, en su testimonio sobre lo sucedido en los campos de concentración nazi, que:

[...] ningún ser humano puede imaginarse los acontecimientos tan exactamente como se produjeron y de hecho es inimaginable que nuestras experiencias puedan ser restituidas tan exactamente como ocurrieron... nosotros, un grupo de gente oscura que no dará que hacer a los historiadores. (2009, p. 8)

Con esas palabras, Agamben dice que hablar de un mal con intención supondría una manera fácil al entendimiento. Sin embargo, según el testigo, esta simple manera de aprehender el concepto del *mal* es inocente y al mismo tiempo vacía. Esta afirmación también recuerda que el mal no es cuestión de intencionalidades, sino de facticidad, que se deja llevar en el dominio de la supervivencia, de nuevas maneras de organizarse y subyugar a otros. No obstante, qué se piensa cuando aparece en la boca de los hombres lo referente al mal. Para Cardona, “el mal es realmente un problema sin medida ni meta, que tiene su punto más álgido en el hecho de que amenaza al hombre en su existencia” (2013, p. 93).

En esa medida, podría aseverarse que el hombre aparece en la escena pública bueno por naturaleza, pero esa lógica se ve arrastrada porque tiende a engañarse, es decir, el hombre se vuelve mentiroso. En esa búsqueda moral que inicia en el autoconocimiento, llega a plantearse una serie inconexa de desafíos que ponen en vilo su propia existencia, tratando de explicar lo que resulta difícil o imposible. Tal vez, en esa misma lógica aparece cierto pesimismo kantiano. Kant es pesimista de la especie humana. En Kant el problema del mal adquiere una transformación que requiere una solución de tipo racional. En otras palabras, existe un enfrentamiento con el problema del lenguaje. Y según Agamben (2008), el lenguaje puede dar en sí un lugar a la negatividad en el que es fácil que se ejecute la muerte.

Está claro que hay mal. El agente del mal resulta ser el hombre. La creatura sería la causa del mal. El asunto de la teodicea es Dios. Por eso, si hay mal hay una necesidad clara de poderlo explicar. Este debe ser explicado en la lógica de la razón

y de la fe. Y tener en cuenta que frente a todo este aparataje de significaciones y acciones que devienen del mal, este nunca podrá ser mayor que el bien. El mal posee en sí un sentido, una finalidad, pero al mismo tiempo no presenta una relación de causalidad. Es decir, existe en el mal una imperfección, por ello tiene que ser indagado. Desde esa perspectiva, el mal, como ya lo ha demostrado Nietzsche, dirá Bernstein (2006a), llega a representar todo aquello que se odia y desprecia, lo que se considera vil y repugnante, aquello que se debe extirpar violentamente. Sin embargo, entre nosotros existe una creciente incertidumbre: ya no somos conscientes sobre qué es aquello que se odia o se quiere suprimir y, menos, los medios que se deben utilizar para hacerlo:

Lo que despierta indignación ante el sufrimiento no es el sufrimiento como tal, sino su insensatez; pero ni para el cristiano, que ha interpretado el sufrimiento como toda una misteriosa maquinaria de salvación, ni para el hombre ingenuo de épocas más remotas, que entendía el sufrimiento con relación al que lo presenciaba o al que lo causaba, hubo alguna vez un sufrimiento absurdo. Así que para suprimir del mundo el sufrimiento oculto, desapercibido y secreto, y con honestidad, negarlo, en el pasado se estaba prácticamente obligado a inventar dioses y genios de las alturas y de las profundidades. [...] Pues con la ayuda de estas invenciones, la vida sabía cómo hacer el truco que siempre ha sabido hacer: el de autojustificarse, el de justificar el "mal". (Bernstein, 2006a, p. 254)

Agamben, a este respecto, se pregunta cómo se ha de comprender el valor de las acciones, si se juzgan solo a través de la dualidad bueno-malo: "[...] unos hechos tan reales que, en comparación con ellos, nada es igual de verdadero; una realidad que excede necesariamente sus elementos factuales: esta es la aporía de Auschwitz, la verdad entera es mucho más trágica, aún más espantosa" (2009, p. 9). Según Agamben, los hombres hemos estado insertos en una dualidad que nos impide discriminar lo bueno de lo malo, y mientras atendamos esa lógica no podremos accionar alguna otra esfera coherente diferente de esas dos. Así, una de las serias dificultades para adentrarnos en el problema del mal es que rompe y nos enfrenta a una realidad predominante; rompe todos los esquemas que conocemos (Bernstein, 2006a, p. 18).

Por otro lado, para Agamben (2009), la dificultad sobre esta lógica dual resulta, por ejemplo, de que si se quiere entender una de las lecciones de Auschwitz habría, precisamente, que entender que la mente de un hombre común es infinitamente más dificultosa de comprender que la mente de Spinoza o de Dante. El problema, a fin de cuentas, resulta, parafraseando a estos dos autores, de que lo que para unos representa el bien, para otros representa el mal y cada quien actúa, tal y como diría el protagonista de *El sueño del celta*, Roger Casement, aquello que le interesa, sin importar en lo que crea o en lo que le hayan hecho creer. A él, en especial, le habían hecho creer una fórmula mágica para dominar: “[...] fue aquella noche cuando comenzó a hacerse trizas su santísima trinidad personal de las tres ‘C’? Hasta entonces creía que el colonialismo se justificaba con ellas: cristianismo, civilización y comercio” (Vargas, 2010, p. 43).

Con el problema del mal, dirá Arendt (2010), no solo nos jugamos la supervivencia animal, sino también la humana. Esta autora tiene razón, porque si se recuerda “en Auschwitz y en otros campos de exterminio, Hitler asesino e incineró a millones de judíos, gitanos y otras élites extranjeras. Este fue sin duda el genocidio masivo mejor organizado y más frío de la historia” (Amery, 2002, p. 9). Y la historia da cuenta extensa del mal. Para entenderlo basta con tomar en cuenta las palabras de Forero, Rivera y Silveira, refiriéndose al tratamiento que le da Benjamin en una de sus tesis acerca de la interpretación de la historia al *Angelus Novus* de Paul Klee: se pone en evidencia cómo el progreso se asienta sobre cadáveres, exterminio, sufrimientos, desperdicios y proyectos malogrados (2012, p. 9).

Esto porque las sociedades, desde los primeros siglos, han buscado erigir una forma de regulación para mantener un orden en el que se elimine cualquier muestra de violencia en contra de la soberanía; sin embargo, para ello han utilizado, raramente, más violencia. Es decir, la lucha por la supervivencia de unos implica la muerte de otros o autodestruirse en ese juego. ¿La razón? Según Lara (2009), parece repetirse: perdimos la noción del juicio en la forma como contemplamos la crueldad en lo colectivo, y solo participamos de un modo de comprensión sesgado, es decir, buscamos siempre el beneficio propio, sin pensar en el daño que le es causado a los demás. Esto supone una desconexión

moral de la acción humana, según la cual: la libertad en la que se autoproclaman ciertos hombres está determinada por el uso indiscriminado de la violencia.

Por ello y con respecto a todo lo dicho hasta aquí, los problemas que plantea la teodicea están en esclarecer, si hay Dios, ¿de dónde el mal? Para Leibniz (2013), el mal está en la imperfección del hombre, dado que un ser que elige el mal, no elige lo mejor. Para Kant (1992a), debe iniciarse una analítica del ser humano que ayude a indagar el mal en nosotros mismos, debido a que el hombre es libre, en tanto que hace de la libertad un problema moral, y la libertad es el principio de la moralidad. En Kant (1992b), el análisis del problema del mal debe iniciar una investigación en la intimidad; una exploración de la intimidad que no se basta con un examen únicamente empírico. ¿Qué es el mal? Kant sostiene que el mal es la corrupción del corazón humano; el mal es una enfermedad mortal que se sigue de otros motivos que no atienden la ley moral: el corazón persigue la perversidad. El mal, en últimas, consiste en esa transformación que está ocurriendo en el corazón. Vale aclarar que cuando la intención es perversa, es cercana al mal.

En ese sentido, la teodicea no es una tarea científica, sino un asunto de fe. Si se concibe a la teodicea como una ciencia o una disciplina capaz de proporcionar conocimientos teóricos, entonces es imposible poder percibirla por completo, nos dirá Bernstein (2006a). Por lo tanto, no es que todos los intentos filosóficos de realizar una teodicea fracasen: deben fracasar. Así mismo lo sostiene Ricoeur cuando asevera:

El fracaso de la teodicea, en el propio interior del espacio de pensamiento delimitado por la onto-teología, es consecuencia de que un entendimiento finito, incapaz de acceder a los datos de ese cálculo grandioso, no podrá menos que agrupar en la balanza del bien y del mal los signos dispersos del exceso de las perfecciones en comparación con las imperfecciones. Se necesita, entonces, un vigoroso optimismo humano para afirmar que el balance es, en total, positivo. Y como el principio de lo mejor nunca tendremos más que unas infinitas muestras, debemos conformarnos con su corolario estético, en virtud del cual el contraste entre lo negativo y lo positivo contribuye a la armonía del conjunto. (2011, p. 43)

Para Bernstein, la teodicea como ciencia presupone que podemos tener algún conocimiento teórico (no importa cuán parcial y limitado) acerca de Dios. Pero toda filosofía crítica kantiana apunta a cuestionar esa posibilidad. Lo único que nos queda será aquello que podamos seguir, porque aquello que no, nos creará mayor dificultad; por ejemplo: “Eichmann se cree culpable ante Dios, no ante la ley” (Arendt, 2006, p. 40).

¿Sería entonces sabio dejar que la teodicea sea la que juzgue a Eichmann por las acciones cometidas, o las leyes de la sociedad debieran hacerlo sin atender dicha teodicea? Más allá de la respuesta, habría que mencionar, además, otra dificultad: no saber el alcance de las mismas leyes, tal y como lo repudiaba Casement al protestar como cónsul en el África contra los abusos de la *Fórcé Publique* sobre el poblado de los wallas. Para sorpresa de muchos, la respuesta que recibió a su denuncia no fue la esperada: “—Como usted sin duda sabe, señor cónsul, nosotros, quiero decir la *Fórcé Publique*, no dictamos las leyes. Nos limitamos a hacer que se cumplan. Tenía una mirada clara y directa, sin asomo de incomodidad ni irritación” (Vargas, 2010, p. 100).

Para Bernstein (2006a, 2006b), uno de los grandes problemas en torno a la teodicea y sus planteamientos es que tiende a trascender las fronteras de la experiencia posible y cae en cierto escepticismo. Esto último se resume en la famosa sentencia de la *Crítica de la razón pura* (2002), nos dirá este autor, cuando a Kant le resultó necesario negar el conocimiento para hacerle sitio a la fe. Así, la teodicea es por todos los lados un asunto de fe. Es como si remarcara una regla en la que no importa de dónde nacen las órdenes, simplemente, el hombre se somete a cumplirlas o hacerlas cumplir, tal y como fue la respuesta de la *Fórcé Publique* al inconformismo de Casement. Dirá Ricoeur:

Lo que fracasa es, precisamente, esa pretensión de establecer un balance positivo en la ponderación de bienes y males sobre una base estética, y ello, desde el momento en que confrontamos males con dolores cuyo exceso no parece que pueda compensar ninguna perfección conocida. La lamentación, la queja del justo sufriente, quebranta una vez más la idea de una compensación del mal por el bien, así como en otro tiempo lo había hecho con la idea de retribución. (2011, p. 43)

El fantasma de la teodicea cristiana y el pecado siguen oscureciendo la razón y no permiten el atrevimiento de pensar que el mal es cuestión más de la voluntad de dominación del hombre, y no tanto de tribulaciones divinas por los actos cometidos o por los que se pudieran cometer. Allí cabe advertir, según Kant, que se es moralmente malo porque se es intencionalmente malo. Además, cuando el modo de pensar es corrompido, existe una pérdida y alteración del juicio: Eichmann es diabólicamente malo. De este modo, Casement expresa con rigor la imposibilidad de pensar distinto en la que ha caído el hombre, en parte por su fanatismo de poder y las creencias que sobre ello invoca:

—Esas pobres gentes azotadas, mutiladas, esos niños con las manos y los pies cortados, muriéndose de hambre y de enfermedades —recitó Roger—. Esos seres exprimidos hasta la extinción y encima asesinados. Miles, decenas, cientos de miles. Por hombres que recibieron una educación cristiana. Yo los he visto ir a la misa, rezar, comulgar, antes y después de cometer esos crímenes (Vargas, 2010, p. 132)

[...] Asimismo, Afirmaba Morel: si la razón última de la maldad es el pecado original, entonces no hay solución. Si los hombres estamos hechos para el mal y lo llevamos en el alma ¿por qué luchar entonces para poner remedio a lo que es irremediable? (p. 196)

Lo último que podríamos aseverar acerca de la teodicea, es que mientras unos siguen esperando un tipo de recompensa por los sufrimientos terrenos, otros se aprovechan de ello para cometer los más atroces actos barbáricos. Cabe advertir que la investigación sobre el problema del mal no puede quedarse en una aparataje cosmo-teológico. El mal tiene que iniciar sus indagaciones sobre la perversidad humana en un plano experiencial. Pero para ello es necesario aceptar la posibilidad misma del mal, atender que existe, que cohabita con el bien, en la misma habitación que es el hombre, y que trata de pervertir su corazón a toda costa. El mal espera paciente y seduce al hombre, porque si bien el hombre tiene una disposición natural al bien, también puede decirse que presenta una inclinación al mal.

¿Qué desata dicha inclinación? En el mal hay una gravedad que depende del albedrío y no de la libertad. Esto nos sumerge en una elección, según Kant, de las máximas. Allí propiamente radica el problema. La elección de las máximas guía una conducta determinada que, terriblemente mal determinada, puede ser amable al mal, y hace pensar seriamente en la siguiente formulación: “¿Por qué sabiendo lo que debo hacer no lo hago?”. Esto último solo nos recuerda la incapacidad del hombre para pensar. La solución a ello únicamente puede estar en una inversión completa del corazón, que comience sobre todo por atreverse a pensar antes de actuar y ser dueño de sus decisiones, con la correspondiente responsabilidad que ello mismo exija con un alejamiento ostensible de la teodicea:

—Nada me gustaría más que el sistema cambiara. A mí también me disgusta lo que ocurre aquí. Lo que estamos obligados a hacer ofende mis principios —se tocó la medallita del cuello—, mi fe. Yo soy un hombre muy católico. Allá, en Europa, siempre traté de ser consecuente con mis creencias. (Vargas, 2010, p. 101)

Sin embargo, todos saben, al igual que lo sabía Roger Casement que el mal está entre los hombres, que ya no se puede creer en que en otros Reinos se pagará con justicia por las acciones cometidas en esta tierra, porque: “La plaga que había volatilizado a buena parte de los congolese del Medio y Alto Congo eran la codicia, la crueldad, el caucho, la inhumanidad de un sistema, la implacable explotación de los africanos por los colonos europeos”. (p. 82)

Finalmente, en ese dominio del mal por el hombre, este se convierte en el campo de batalla. El enemigo se esconde en la razón cuando por pereza mental se distancia de la ilustración. Así, resulta sencillo actuar para el mal. Este, con su rostro de mujer, seduce al hombre y lo lleva a la debilidad. De tal manera, que el mal se conoce por sus efectos: deteriora la moral. El obrar bien, con esto, se convierte en un asunto de valentía, en donde no puede operar la seducción desde la propia debilidad, porque el mal está en un combate que se libra tanto en lo interior como en lo exterior y se vale de que su gran cómplice es el mismo hombre: el enemigo soy yo mismo.

Referencias

- Agamben, G. (2008). *El lenguaje y la muerte: un seminario sobre el lugar de la negatividad*. Valencia: Pre-Textos.
- Agamben, G. (2009). *Lo que queda de Auschwitz: el archivo y el testigo*. Valencia: Pre-textos.
- Arendt, H. (2006). *Eichmann en Jerusalén*. Barcelona: De Bolsillo.
- Arendt, H. (2010). *Lo que quiero es comprender: sobre mi vida y mi obra*. Madrid: Trotta.
- Aristóteles (1993). *Ética nicomáquea. Ética eudemia* (J. Pallí Bonet, Trad.). Madrid: Gredos.
- Aristóteles (2004). *Ética nicomáquea. Política* (A. Robledo, Trad.). México: Porrúa.
- Aristóteles (2012). *Ética a Nicómaco* (J. Calvo, Trad.). Madrid: Alianza.
- Bernstein, R. (2006a). *El mal radical*. México: Fineo.
- Bernstein, R. (2006b). *El abuso del mal*. Buenos Aires: Katz.
- Cardona, F. (2013). *Mal y sufrimiento humano: un acercamiento filosófico a un problema clásico*. Bogotá: Anábasis.
- Forero, A., Rivera, I. y Silveira, H. (2012). *Filosofía del mal y memoria*. Madrid: Anthropos.
- Habermas, J. (1963). *Teoría y praxis: estudios de filosofía social*. Madrid: Tecnos.
- Kant, I. (1992a). *Sobre el fracaso de todo ensayo filosófico en la teodicea*. Madrid: Universidad Complutense.
- Kant, I. (1992b). *Opúsculos de filosofía natural*. Madrid: Alianza.
- Kant, I. (2002). *Crítica a la razón pura*. Madrid: Santillana.
- Lara, P. (2009). *Narrar el mal: una teoría posmetafísica del juicio reflexionante*. Barcelona: Gedisa.
- Leibniz, G. (2013). *Ensayos de teodicea*. Salamanca: Sígueme.
- Ricoeur, P. (2011). *El mal: un desafío a la filosofía y a la teología*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Safranski, R. (2014). *El mal o el drama de la libertad*. Buenos Aires: Tusquets.
- Vargas, M. (2010). *El sueño del celta*. Madrid: Alfaguara.